



## ¿En qué consiste hoy Ser de Izquierda?

**F. León Florido**

(Profesor de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid)

Aunque el análisis se hace extremadamente complejo, puede decirse que las tan esperadas elecciones municipales han arrojado unos buenos resultados para los partidos de izquierda. Sin embargo, este hecho objetivo no ha sido percibido tan positivamente por sus bases sociales, y no lo ha sido debido fundamentalmente a que unos meses de crisis continuadas habían creado unas muy altas expectativas en vistas a asestar un golpe definitivo a la derecha, que anunciaran en el horizonte un cambio de gobierno. Hoy, a la espera de nuevas batallas electorales, parece llegada la hora del análisis y la reflexión más pausada de lo que han significado unos acontecimientos y una estrategia que han concluido en un final agri dulce. A diferencia de las opiniones periodísticas, la reflexión teórica no puede ni debe seguir el ritmo progresivamente acelerado de los acontecimientos. Por ello, no pretendemos interpretar los hechos ni los datos, cosa que ya han hecho sobradamente los medios de comunicación, sino plantear una cuestión cuya trascendencia ya se estaba vislumbrando incluso antes de las elecciones, y que hoy parece cobrar nueva importancia. En definitiva, parece éste un buen momento para interrogarse sobre la definición y el papel que le corresponde jugar a la izquierda en la sociedad del principio del tercer milenio. Así, pues, a la luz del contexto de la política española actual, en estas breves reflexiones nos preguntaremos: ¿En qué consiste hoy ser de izquierda?

Responder a esta pregunta ha sido siempre difícil, pero probablemente lo es aún más en la situación actual. De hecho, desde diversos ángulos se ha cuestionado la evidencia de los pronunciamientos de quienes declaran pertenecer al círculo de la izquierda. Ya hace más de una década Norberto Bobbio discutía la pertinencia de seguir hablando de una oposición real derecha/izquierda. Desde entonces, éste ha sido un tema recurrente, y, así, en un reciente libro, el filósofo Gustavo Bueno hace un planteamiento crítico de la cuestión, para concluir que hoy no es posible ya servirse de los mismos parámetros que definían, por ejemplo, al comunismo soviético o chino como ideologías de izquierda, de manera que los nuevos izquierdistas se dividirían en tres grupos que el autor denomina “extravagantes”, “divagantes” y “fundamentalistas”, que, en cualquier caso, apenas guardan relación con los precedentes históricos. El caso de otro pensador, Fernando Savater, uno de los referentes intelectuales básicos de la izquierda durante dos décadas, también ha provocado la polémica por su decidida actitud ante los problemas del país vasco, una posición que a menudo ha sido calificada en ambientes de izquierda como reaccionaria y colaboracionista con la derecha. Fuera de nuestras fronteras, ha tenido enorme trascendencia la aparición de la obra *Imperio*, que le ha supuesto a uno de sus autores, Antonio Negri, la acusación de haberse transformado en el adalid del “globalismo político”, que niega la maldad del imperialismo americano, del que sólo destacaría sus aspectos positivos para la consecución de la libertad y los derechos humanos, ocultando la devastación que provoca en todo el mundo. Se cierra así un nuevo círculo infernal para este autor, que ha pasado de la cárcel al exilio para retornar a la cárcel a sus setenta años, y que es considerado, al mismo tiempo, un peligroso saboteador del sistema por la derecha y un teórico del imperialismo global por la izquierda oficial. Por último, en un terreno más

práctico, hemos de hablar de la bastante sorprendente reacción que ha suscitado la aparición de un proyecto Verde creíble en las últimas elecciones, que ha sido considerado por los partidos de la izquierda tradicional como una “traición” cuando no, sin más, como el resultado de una confabulación derechista.

Si no otra cosa, estos ejemplos parecen significar, al menos, que no es descabellado hablar de una crisis de identidad de la izquierda, que afecta tanto al terreno de las ideas como al de la práctica política. Sin embargo, esta crisis no ha sido apreciada hasta el momento, seguramente debido a que el fenómeno social más significativo en nuestro país en los últimos meses ha sido justamente el “retorno de la política” al calor de las movilizaciones ciudadanas, lo que ha promovido el ascenso de la ilusión de las fuerzas de izquierda ante la reaparición de una apagada, en los últimos años, sociedad civil. Es sobradamente conocido que la movilización le pertenece casi en exclusiva a los partidos de izquierda, pues la derecha la considera más bien una dificultad en su tarea de gestión. Sin embargo, la identificación entre movilizar a la sociedad y plantear alternativas políticas que puedan triunfar no es en modo alguno inmediata, como parecen haber creído quienes anunciaban un ascenso espectacular de los resultados electorales de la izquierda basándose en el apoyo masivo a las protestas en la calle. Y en este caso, el primer factor ha estado muy por delante del segundo, de modo que, por un lado, la movilización ha determinado los objetivos políticos que han planteado los partidos que la protagonizaban, y, por otro, acabada la fase más aguda de la protesta, se ha debilitado considerablemente también la fuerza de la alternativa política que se estaba proponiendo. ¿En qué ha consistido realmente esa alternativa y cuáles han sido los objetivos que se buscaban, al menos tal como se han percibido socialmente?

### **Los objetivos: la lucha antiimperialista y contra la dictadura**

La alternativa política de izquierda, tal como ha sido planteada efectivamente por las organizaciones tradicionales que han dirigido las movilizaciones ciudadanas en los últimos meses en nuestro país, ha propuesto como objetivo la resistencia contra el imperialismo manifestado en la guerra promovida por los americanos, y contra la dictadura manifestada en las formas autoritarias del gobierno de derecha, dos elementos que, además, se han conjugado por el apoyo del gobierno a la guerra de Iraq. No es necesario enfatizar el éxito que se ha obtenido en cuanto a la respuesta de la ciudadanía expresada en multitudinarias manifestaciones. Este hecho ha podido ser interpretado como un refuerzo de la bondad de la estrategia sostenida por las organizaciones convocantes durante todo el conflicto. Sin embargo —como ya hemos señalado— los relativamente escasos réditos electorales obtenidos han causado perplejidad y un cierto sentimiento de frustración, más acusado cuanto mayores eran las expectativas que se habían levantado.

Todo parecía ir perfectamente encaminado: la práctica unanimidad social en el rechazo a la posición del gobierno, el logro de la unidad de todos los grupos de la oposición, incluso la mayoritaria denuncia a las tesis gubernamentales por parte de una gran parte de los medios de comunicación. ¿Cómo explicar que no se haya asistido al derrumbamiento de un gobierno prácticamente aislado?. Desde luego, cuando uno tiene todo a favor, como lo ha tenido la izquierda, y no consigue el éxito casi absoluto que parecía inevitable, hay concluir que algo se ha debido hacer mal. Como en el nivel de la actividad concreta sólo se puede hablar de una muy notable capacidad de las organizaciones de izquierda para mantener la movilización durante mucho tiempo y más intensamente que en otros países europeos, mi opinión es que se han dejado sentir las notables carencias que la reflexión política de izquierda ha sufrido en los últimos años, particularmente en nuestro país. Ya sabemos que, hablando en general, por nuestra idiosincrasia somos más dados a la acción que a la

reflexión. Pero esta característica general no puede ocultar el hecho de que mientras la derecha ha podido nutrirse con el conocimiento de teorías sociológicas, económicas y políticas actualizadas muy variadas, desde una orientación pragmática y profesional que no se pregunta por su origen, la izquierda, en cambio, ha avanzado muy poco en la renovación teórica durante la última década. Los motivos han sido muy variados. Ante todo, una perspectiva ideológica cerrada que rechaza todos los análisis que puedan provenir de autores no comprometidos con la izquierda, que son acusados de “derechistas” y “perdidos para la causa” de los que nada se puede aprender. Desde luego, se olvida que, por ejemplo, el propio Marx creyó absolutamente necesario estudiar la teoría económica de los liberales protocapitalistas y que planteó su propia teoría sólo como una crítica que necesariamente debía partir de los resultados de aquella. En segundo lugar, la caída del bloque comunista que ha provocado terremotos teóricos en la izquierda de otros países aquí apenas ha suscitado reacción alguna, y hoy no sabemos qué dibujo teórico se hace de la izquierda del contexto político actual y cuáles son las alternativas que se proponen en consecuencia. Y, por último, como resultado de los dos factores anteriores, nuestro país es el único de nuestro entorno en que la izquierda no ha renovado prácticamente sus organizaciones y sus estrategias desde hace dos décadas. El efecto que se deriva de esta situación es que no me parece muy exagerado afirmar que hoy las referencias teóricas de las organizaciones de izquierda se limitan esencialmente a los medios de comunicación, prensa, radio, televisión, algunas revistas izquierdistas, algunas páginas seleccionadas de internet y, naturalmente, los estudios de marketing electoral.

Este unilateralismo y anquilosamiento teórico y práctico podría explicar el tipo de análisis que las organizaciones tradicionales de la izquierda han hecho de la situación política. Se ha entendido que las movilizaciones ciudadanas se daban en un contexto de retorno extremo del imperialismo a nivel mundial y del autoritarismo filofascista a nivel español. No se ha querido ni oír hablar de las voces intelectuales, como la de Negri, que anunciaban cambios fundamentales en el sistema de dominación mundial, que habrían concluido en la transformación del imperialismo de la época de la guerra fría en un sistema imperial tras el fin de los bloques y la generalización del mercado global. La ventaja de mantener incólume la creencia en el imperialismo agresivo americano es que permite definir claramente la figura del enemigo: Bush lanzado a la conquista del mundo por cualquier medio. En cambio, comprender la tesis del sistema imperial precisa más matización y más reflexión —y, por tanto, se supone, menor rendimiento inmediato—. La existencia de un sistema imperial rechaza la fácil idea de que hay un solo centro de poder del mal que pretende imponer su dominio sobre el resto del mundo que está sometido o impotente. Por el contrario, la tesis del sistema imperial propone la existencia de un sistema mundial del que participan de un modo u otro todos los gobiernos, todas las corporaciones económicas, e incluso todas las fuerzas políticas, puesto que el imperio se nutre de la economía, de la política y de la ideología sin distinción. Como ilustración, el nuevo equilibrio geopolítico surgido de la guerra iraquí debería permitir comprender mejor que las posiciones adoptadas, por ejemplo por Francia, en la preguerra respondían no tanto a una manifestación de la racionalidad europea pacifista como a un intento por mejorar su situación en el alto mando del imperio, del que Francia, China, Rusia, Alemania o la ONU participan tanto como Estados Unidos, aunque, evidentemente, de modos y con funciones muy diferentes. El hecho de que se haya difuminado la oposición de todos esos países e instituciones a las fuerzas de la guerra ha dejado en mal lugar a quienes habían creído asistir en estos meses a la formación de un frente mundial antiimperialista.

En lo que respecta a la situación interna, puede decirse que ha habido una gran desproporción entre los fines que los partidos de izquierda se han planteado y los medios empleados para conseguirlos. Por una parte, en efecto, el objetivo declarado consistía esencialmente en lograr la victoria en unas elecciones democráticas. Lo que

la izquierda buscaba, evidentemente, era —más allá del carácter municipal de los comicios— la necesidad de una alternancia en el gobierno. Sin embargo, la estrategia que ha seguido para lograr este objetivo, basada en una combinación de la movilización y la denuncia de ilegitimidad democrática del gobierno de la derecha, era mucho más acorde con la pretensión de lograr un verdadero cambio de régimen, desde una dictadura derechista a una verdadera democracia que representarían las fuerzas políticas de izquierda. Con ello, probablemente, la prueba a la que la izquierda ha sometido a la democracia española ha sido excesiva, pues la ciudadanía parece haber percibido por instinto, mucho más que los dirigentes políticos, la debilidad de la democracia en nuestro país, de modo que a la movilización de la izquierda en busca del cambio, ha respondido un cierre de filas, no tanto de la derecha, sino más bien de la, no por tónica menos real e influyente, “mayoría silenciosa”, que sencillamente teme el cambio y vota la estabilidad, en situaciones que percibe como potencialmente peligrosas. La historia de la democracia en nuestro país nos ha enseñado el carácter esencialmente “conservador” del electorado, que, independientemente de la ideología, salvo el caso del suicidio político del partido gobernante —como sucedió con UCD y, en menor medida, también con el PSOE— tiende a preferir la estabilidad del continuismo a los riesgos del cambio. Esto sería una de las más importantes razones que explicarían porqué, pese a que todas las condiciones eran favorables para un vuelco electoral, se ha rehecho con tanta celeridad un importante apoyo al gobierno, lo que más bien hay que interpretar como la resistencia a un cambio del que no se conocían bien las consecuencias.

No cabe duda de que el entusiasmo y pasión —que tan abundantemente se han generado en los últimos meses— son elementos capitales de la actividad política, pero no es menos cierto que sólo son determinantes en situaciones de alta inestabilidad del sistema, caso que no ha sido el que se ha dado durante el proceso electoral. Mientras que la izquierda ha llamado a la movilización de la pasión ideológica y colectiva, en favor del cambio, la derecha se ha limitado a lanzar un mensaje de estabilidad en la gestión y se ha presentado como garante de un sistema que está situado más allá de las ideologías. Por tanto, también la derecha ha apelado a la pasión y al entusiasmo, pero no un entusiasmo colectivo sino el que produce individualmente la relativamente cómoda situación personal, que la radicalización de la izquierda, hábilmente azuzada y amplificada por la derecha, parecía poner en peligro.

En definitiva, la izquierda se ha movido en los últimos tiempos en una contradicción que ha resultado irresoluble. Por un lado —puesto hace ya mucho que ha dejado de plantearse liderar una revolución social— sólo podía pretender alcanzar el poder gubernamental por medio de un triunfo electoral. Pero, por otro, los mecanismos que ha empleado han consistido en intensificar a través de los medios de comunicación la sensación de que se estaba viviendo una situación desastrosa e incontrolable por el gobierno, con barcos hundidos, mareas negras, peligro de guerra mundial, etc. y en utilizar las manifestaciones como vehículo de movilización y de expresión social del rechazo al gobierno. La impresión que se ha dado es que se estaba alcanzando una situación cuasirevolucionaria, que se caracterizaba tradicionalmente como aquella en que los opresores no ya pueden y los oprimidos ya no quieren. Moviéndose en parámetros ideológicos, desde los que la sociedad se divide en derecha/izquierda, como frentes bien establecidos, la ausencia de reflexión teórica ha llevado a desconocer que en el contexto del sistema social las fuerzas que se oponen son estabilización/desestabilización, y que la alternativa ideológica de izquierda no puede plantearse ya según el modelo decimonónico de los bandos sociales claramente definidos y enfrentados a la espera de la lucha final.

### **Ser hoy de izquierda**

Las fuerzas de izquierda en nuestro país no han salido objetivamente derrotadas de estas elecciones, pues partían de una crisis aún más profunda fraguada en los últimos años. Pero, el espejismo de las masas y el ritmo mediático de los acontecimientos han ocultado la naturaleza estructural y teórica de la crisis, generando un entusiasmo tan desmedido como ahora puede serlo el desencanto. En realidad, la situación profunda no ha cambiado mucho, pues sigue siendo imprescindible para construir una alternativa de izquierda, adaptada a la situación de comienzos del tercer milenio la apertura a la reflexión teórica sobre el estado real de las cosas y a nuevas formas de organización que respondan a las nuevas características de la sociedad actual. Hay ya algunas indicaciones que señalan el camino. Comprender que las ideologías que dividen a la sociedad de manera irreductible en derecha e izquierda son sólo un factor más, de los muchos de los que en definitiva se nutre un sistema globalizado capaz de integrar y asimilar prácticamente cualquier idea y cualquier alternativa. Comprender que las clases, las masas, las colectividades que se definen por su adscripción política representan sólo el aspecto superficial de la realidad social que está compuesta por singularidades que no se someten fácilmente a la organización disciplinaria, sea ésta promovida por el poder o por las organizaciones políticas, aunque se denominen “de izquierda”. Las singularidades humanas no juran su fidelidad eterna a ninguna causa. Por último, comprender que ni los aparatos burocráticos exclusivamente dedicados a la producción y venta de poder, ni los que pretenden vivir entre dos aguas, entre el marketing electoral, el radicalismo verbal y la férrea organización disciplinaria, son las organizaciones liberadoras que las singularidades humanas están buscando para el tercer milenio. La fuerza liberadora está aún por construirse.